

MÚSICA NOCTURNA PARA UN HEREJE

ROBERTO MÉNDEZ MARTÍNEZ



Edición: Pablo de Cuba Soria

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Imagen de cubierta: *Le Songe de Tartini*,
de Louis-Léopold Boilly (1824)

© Roberto Méndez Martínez, 2022

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2022

www.editorialcasavacia.com

[casavacia16@gmail.com](mailto:cavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

[...] a la hora presente, aunque no ejerce funciones de clérigo, tengo para mí que se inclina al catolicismo más que a ninguna de las sectas disidentes. Tengo a la vista una colección de cartas suyas, que me le muestran como alma débil, apasionada, impresionable y versátil, no anticatólica en el fondo, pero sí echada a perder por cierta manera sentimental, femenina y romanesca de concebir la religión.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo:
Historia de los Heterodoxos Españoles

*¿Qué es la patria? ¿Qué es el amor a la patria?
¿Una virtud o un crimen? ¿Es efectivamente una forma del amor o una máscara del egoísmo? ¿Es una verdad eterna o una de las muchas mentiras que valen hoy, sólo porque valieron ayer? Terrible pregunta para después del carnaval en un pueblo que, indiferente a sus más apremiantes necesidades y a los misterios y oscuridades de sus destinos futuros, se ha entregado con la embriaguez de la alegría a los placeres irracionales de la máscara y el disfraz.*

Tristán de Jesús Medina: “*La Patria*”

Nuestra misión es realizar la mentira que encarnamos, lograr no ser más que una ilusión agotada.

Emile Cioran: *Cuadernos (1957-1972)*

DON TRISTÁN DE JESÚS MEDINA, presbítero, natural de la Isla de Cuba, cismático arrepentido y reconciliado, está muriéndose en su casa de la calle Isabel la Católica. Nadie lo visita, a no ser en sus delirios, si se exceptúa a la vieja Teodora, que va dos veces al día a llevarle un poco de cocido y cambiar las sábanas sucias. A través del cristal de la ventana contempla los techos de un Madrid indiferente. Va a concluir el año de gracia de 1885.

La habitación apesta a remedios, a orina, a comida rancia. El Reverendo alza despacio la cuchara para llevarse a la boca dos o tres garbanzos. Aunque está incorporado a medias, gracias a dos almohadones, parte del contenido se derrama en el cobertor. Cocido frío, una laguna hostil donde sobrenadan dos o tres berzas como algas. Lanza la cuchara y vuelve a cerrar los ojos.

El sopor llega enseguida y con él vuelve a su casa de Bayamo. Anda por el patio y de las cocinas sale el aroma a chicharrón. Adivina la hirviente piel del cerdo, dorada y crujiente, cuando sale de la olla, destilando todavía la manteca, entre pequeños estallidos.

Es un olor familiar, tentador, tanto como el de las ayacas cuando se retira la hoja marchita del plátano para dejar a la vista la masa del maíz, amarilla, con vetas de ají y carne estofada y, todavía más lejos en el tiempo, el de los guineos manzanos madurados a la sombra, suspendidos en un gancho de hierro, el oro de la cáscara salpicado de manchas pardas y una nubecilla de guasasas en torno. Son una tentación: alargar la mano, arrancar uno, lanzar lejos la frágil envoltura y hundir los dientes en aquella crema hasta el parco corazón de puntitos negros, mientras un perfume diferente lo envuelve. Es un aroma que no se parece a ningún otro, ni al del galán de noche que aviva los patios, ni al vetiver que colocan en los armarios, ni al del frasco que la madre reserva en el tocador para ciertos saraos. Es la esencia de la tentación, el licor para embriagarse a pesar de los castigos. Está prohibido elegir uno mismo los guineos, solo se sirven en los postres o en la merienda, en la bandeja de loza inglesa con cazadores y lebreles, y apenas puede tomar dos cada vez.

Sentarse a la sombra del racimo, hacer una montaña de cáscaras u ocultarlas bajo el bargueño del corredor, comer a dos manos hasta que el vientre se dilate y suba desde él un buche ácido. Desafiar las leyes del Intendente equivale a un par de cujazos y al encierro más o menos prolongado en la carbonera, aunque no es tan grave como echar pica-pica al gato de la casa, gordo y malhumorado como un canónigo santiaguero, o calentar con una vela el picaporte de la puerta de alguna habitación, para que el sirviente

distraído grite al tocarlo como si se hubiera encontrado con el diablo.

Aunque lo peor era comer tierra. Eso que alguna vez fue un impulso inevitable. Agazaparse allí, junto al cantero donde malvivían unas rosas anémicas y tomar un puñado de terrones húmedos que se des hacían en la boca con un encanto oscuro, antes de que la cocinera gritara que eso era cosa de negros bozales y habría que ponerlo en el cepo. ¡Comer tierra! Otra tentación de la infancia. Devorar una mínima porción de ese colchón oscuro, mientras ante él se alzaba el Intendente feroz con la vara. Gritos, golpes, oscuridad, y hasta alguna vez irse a la cama sin cenar, pero había probado esa mezcla de minerales, hojas descompuestas, restos de caracoles, vida y muerte juntos, con el vaho tibio a tarde de lluvia, que bajaba por la garganta y oscurecía por horas la saliva.

Tragarse la tierra, aunque fuera una pizca, materia de escándalo. Total, pronto la tierra se lo iba a tragar a él en una revancha desproporcionada. ¿Estaría más allá de ella Dios Padre, barbado como el Intendente y con una vara para reprimirle? Ese miedo ya había pasado: padre por padre, vara por vara, cepo por cepo. Un miedo infantil sustituyendo a otro. El Padre Jacinto se hubiera reído de esas cosas. Pero la mayoría de sus oyentes, en la época de sus floridas predicaciones, estaban seguros de esas feroces postimerías. Por eso algunos se pusieron tan iracundos cuando predicó en Alcalá aquello del “infierno breve y sin demonios”, apenas un preludio para la “restitución universal” y el amoroso perdón de un Dios que

en nada se parecía a todos los intendentes que en el mundo han sido. Perdonar, edificar, unir, el mundo de la Nueva Iglesia de la que casi nadie quería saber, quizá porque era tan simple y elemental como comer tierra o despojar de su cáscara a los guineos para gozar de la pasta del fruto que se antojaban en prohibir aunque crecía para todos.

La laguna del cocido tenía ya una translúcida película de grasa en la superficie. Asco. Olía a España, así como los chicharrones, las ayacas, el congrí, y hasta la tierra, tenían el inconfundible olor al sitio donde había nacido. Cuba era sobre todo eso, un olor, algo que no podía precisar. No añoraba la casona aquella, demasiado ocupada por el espíritu dominador del Intendente, ni por las lágrimas de tantos, ni quería saber de sus facciones, componendas e irredentismos. Ninguna idea clara, ningún dogma, le ataban a aquella Isla que guardaba los huesos de dos mujeres amadas y poco más, pero el olor venía a religar sus fibras más oscuras, con más fuerza que una arenga cívica.

Avanzar con los ojos cerrados, hallar justo el cantero desde donde son más intensos los olores de la cocina y tomar el puñado de tierra con la boca ya abierta y la lengua adelantándose para recibir los primeros terrones que son los más salobres. Ni el señor Conde de Valmaseda, ese que había intentado aplastar o exterminar a los criollos como si fueran hijos que robaran plátanos, podría impedir esa experiencia nocturna y recurrente, la única que servía para paliar un exilio inexplicable. Aunque, ¡ay!, el

banquete durara demasiado poco. Un portazo, la voz del sereno en la calle, cualquier cosa podía poner fin a la experiencia, como ahora, que se incorporaba en la cama empapado en sudor y la boca ardiente que parecía frotada con polvos de hierro.

Eran más de las cuatro. Llegaba otra jornada de agonía. Instante propicio para volver a dormirse.

Bastien und Bastienne

El doctor Mesmer ofrece ópera en su casa esta noche. Gracias a su esposa, la pechugona María Anna, tiene una villa en la Landstrasse y dinero suficiente para dedicar el tiempo a sus sesiones de magnetismo. Puede pasar horas enteras en su gabinete haciendo temblar a las ranas en vasos de vidrio. Con una varilla de ámbar frotada en lana, él es el ordenador de sus danzas, su Apolo Musageta y también su Hermes Psicopompo, porque casi todas mueren antes del almuerzo. Salvo que haya citado a alguna moza histérica o convaleciente de un sofoco, de esas que cuando quedan sometidas a su poderoso flujo pueden recitar versos completos del *Corán* en un árabe impecable, si es que no les da por evocar líneas harto comprometedoras de libros eróticos de la India, de los que jamás habían oído hablar. Sus triunfos sobre ellas son apenas un reclamo para su prestigio citadino y le allanan una que otra aventurilla a espaldas de la pechugona.

No puede arriesgarse demasiado porque está preparando su gran apoteosis: curar a María Theresa

Paradis, la niña prodigo ahijada de la Emperatriz. Eso le abrirá las puertas del mundo científico, atraerá sobre sus sienes el laurel de la Academia, más que aquella tesis latina, copiada de aquí y de allá: *De planetarum influxu in corpus humanum* y quizá más que esa *Memoria sobre el descubrimiento del magnetismo animal* que no logra aún su forma definitiva. Mientras tanto, allí están las veladas y las noches de ópera, para hacer el asombro de los provincianos vieneses.

Esta noche han encendido en el jardín el doble de lámparas y el teatrillo reluce con sus cortinajes de púrpura y oro. Han encargado al pastelero más confites que de costumbre. El césped está lleno de sillas para esa muchedumbre heteróclita de invitados: poetas inéditos, nobles arruinados, mujeres con más maquillaje que buenas costumbres y muchísimos lunáticos. Han venido a contemplar a los dos niños geniales. En la primera parte, la muñequita Paradis ocupó el clave después de tres estudiadas reverencias e interpretó, como los ángeles, dos sonatinas de Clementi, pero esta noche le han escatimado los aplausos. Todos se vuelven hacia el caballerito Mozart. Hoy se estrena su ópera *Bastián y Bastiana*. Así, con bombachos de tisú, gorguera y espadín, dirige la mínima orquesta de músicos alquilados, viejos como los cantantes, quizá para que resalte su infancia prodigiosa. Muy próximos, el padre y la hermana lo contemplan inquietos. El presbítero Medina ha preferido quedarse en la sombra. No le interesa ese idilio pastoril imitado de Rousseau, ni siquiera

la musiquilla sentimental y correcta. Desde su sitio contempla, a través de ese monigote amaestrado, al otro, al agonizante autor del *Requiem*. Y aguarda.

Los lacayos, con sus candelabros alzados, comienzan de nuevo su recorrido. Es una ceremonia lenta que ocurre en el jardín del doctor Mesmer, cuando hay fiestas, cada cuarto de hora. Cada uno conoce el sendero que le corresponde y, con pasos cortos y alguna que otra reverencia para el compañero con que se topa en alguna bifurcación, marcha hasta su nuevo sitio, a inmovilizarse en una pose de ensueño. Ellos no contemplan el escenario bajo los tilos, ni les está permitido sentarse en las butacas que tienen tapices con pastores, semejantes a esos que allí están cantando, ni murmurar tras los pañuelos, ni tomar de las grandes salvillas una copa de Tokay ni una almendra confitada. Son simplemente la luz. Nada más.

Con uno de esos silenciosos portadores casi ha tropezado Herr Wolfgang, al huir del clave, a pesar de las cejas alzadas de Leopoldo, quien ha corrido a sustituirlo entre suspiros de alarma. El joven maestro tiene ganas de hacer aguas y no puede esperar, aunque él sea el centro de atención de esta noche, en la que el célebre magnetizador le ha abierto las puertas de su jardín para que estrene su ópera primeriza. Todo es culpa de aquella garrafa que la doncella pícara le entregó después de la merienda a cambio de un par de cosas que no se le acaban de olvidar.

El Maestro solo tiene doce años y esta casa está llena de peligros: el más celebrado es un marqués

libertino que le causa vahídos a Leopoldo cuando se pone a hablar de sus aventuras, aunque sean ya muy lejanas. Lee junto a la mesa del café pasajes de esas memorias con las que dice que va a cambiar el mundo: revolución en las recámaras, eso dice esa cara donde caben dos onzas de polvo entre una y otra arruga, mientras reclama derribar a la monarquía en los lechos. Pero tal estantigua es mucho menos molesta que la antigua querida del archiduque, parecida a la Pompadour, quien desde ayer no cesa de perseguirlo por los rincones llamándole “mi ratoncito” y ofreciéndole villas y castillos porque haga un par de piruetas para ella sola. Le faltan tres dientes, la boca le huele a caverna y dice Papá que es una comadreja. De esta villa hay que irse cuanto antes.

Aunque el sirviente le indicó, apenas con un codo más alzado de lo común, el lugar para los asuntos excusados en el pabellón, *Il Maestrino* tiene dudas y además siente un poco de miedo al entrar a este edificio en penumbras, tan laberíntico como el jardín, donde ahora se escucha al buen bebedor de Schultze cantando el aria de los disparates del brujo Colás—*Dggi, daggi, / Schurry, murry, / Horum, harum, / Lirum, larum*—mientras la Signora Biondi lo contempla con sus tetas malamente suspendidas en el aire. La ópera es cosa de burlas: haces un cuento de pastores jovencitos y enamorados y luego vienen a cantarla un borracho, un tenor liquidado y una vieja y eso que tuvo que descubrir, tras el coñac del mediodía, que ese Johann Andreas Schachtner, al que creía bueno, parece que ha modificado el libreto

francés para reírse del doctor en sus propias narices y poner en solfa sus curaciones a través de los fluidos naturales y sus sesiones de hipnotismo, donde las criadas hablan el latín que no estudiaron y los barones descubren que en otra vida fueron escribas del misterioso Egipto. Disparates y más disparates.

Wolfgang siente que si demora un instante más va a orinarse en la alfombra del corredor, también llena de pastores y ninfas hasta producir vértigos. Quizá tendría que hacer como los cortesanos que vio en Versalles, disputándose con los falderos un rincón tras un tapiz o un hueco de escalera, no solo para verter sus líquidos sino hasta para hacer mayores, antes de volver, como si tal cosa, a la mesita de juego o al coloquio galante. Una gran corte pero con demasiadas moscas. Aquí no es posible tal cosa, todo es más pequeño, casi de juguete y, además, si Papá lo descubre en algo inconveniente... Para su habitación tendría que subir las escaleras, torcer a la derecha, uff, demasiado lejos, y tiene que estar de vuelta antes que comience el trío final. *Besti, basti, / Saron, froh, / Fatto, matto, / quid pro quo.*

Aquí hay una puerta. No es demasiado seria la indisciplina de entrar al cuarto de alguien que debe estar en el jardín, cuchicheando, mientras Bastiana llora el abandono del jovenzuelo que ama y tomar prestado un bacín, más aún, ni siquiera moverlo de su sitio, simplemente dejárselo ocupado, pero correctamente tapado. Con su peluquita empolvada, la chaqueta verde con vueltas rosa y el ridículo espadín que le va golpeando las piernas, el Maestro parece

un mal títere siciliano, tiene la cabeza demasiado grande y los ojos redondos, todo ello apenas sostenido por un cuerpo de enano tísico, siempre asustado porque los bofetones del padre y empresario andan por los aires y, a la vez, con incontenibles ganas de reír. Todo un caso para el doctor. En fin, acabemos, aquí hay una puerta.

La pieza no está vacía. Es nada menos que la de Don Tristán, quien, de chaqueta negra y alzacuello, está ante el escritorio, pluma en ristre. Todo un susto y Wolfgang no puede evitar una de sus tontas carcajadas de sorpresa. El escritor lo mira entre severo y divertido. *¿Qué buscas?* Este invitado sí que es raro: un cura que estuvo a punto de que la Inquisición madrileña lo metiera en un calabozo. Murmuran que escapó porque pertenece a una logia secreta. El Ilustrísimo Don Tristán, el Reverendo, tan mentiroso como los otros. Dicen que es español, pero no nacido en la Península, sino en una isla de América que se llama Cuba, donde hay unas negras que se sientan por la tarde en un taburete ante sus casas a abanicarse los senos desnudos con pencas de palma, y son más expertas en ciertos asuntos que cualquier marquesa viuda. Todos saben que él es un urdidor de falsedades, que tal isla no existe, que es un sueño, como esas negras bajo un sol que enloquecería a cualquiera, y hasta esas representaciones de ópera en la invisible ciudad de Santiago, a las que asisten unos señores que tienen hijos color miel, aunque los adornen con chaquetas compradas en la dulce Francia. Cosas de cura inventor.

Ni hablar del bacín. No va a pedirle ese objeto a tal aguilucho y mucho menos hacer aguas delante de su vista. Hay que escapar. *¿Qué buscas?* Ha preguntando por segunda vez Don Tristán. Pero él no quiere responder. *No te preocupes, yo lo sé.* *¿Cómo va a saberlo? Así que aguas, espera... Te mostraré algo mejor.* Y le muestra una copa muy extraña que está encima de la mesa. En realidad es un gran cuenco, hecho de la cáscara de un fruto de su isla imposible, pulido hasta que brilla como el ébano y engarzado en plata, cuatro figuras —dice que Los Cuatro Ríos del Mundo— se elevan sobre una peana de plata para sostenerlo. Está lleno de café, tinto y demasiado aromático, como si hubieran echado en él una flor de vainilla del invernadero.

Sus ojos no pueden dejar de explorar lo que está ahí dentro, que ya no es un brebaje oscuro, con algo de poso en el fondo, sino una sustancia densa y como con oleajes. Así será el mar, aunque nunca lo ha visto. Al principio no hay otra cosa, pero entre los vapores descubre imágenes, jirones de sucesos que alguna vez le rozarán o van a alcanzarle en pleno rostro: aquella negrura se descompone continuamente, unas veces muestra la salida de esta misma villa y distingue al doctor Mesmer que huye presurosamente de Viena porque los académicos, pagados por la Emperatriz, lo han declarado oficialmente “charlatán e intruso” pues no ha podido curar la ceguera de la prodigiosa muñequita; otras, ve a su propia madre, agonizando entre las sábanas sucias de una cama ajena en París; en alguna más,

descubre en una estancia desconocida a una mujer gorda, vulgar, vieja, que dicta lecciones de piano a pesar de que también se ha quedado ciega. *Es tu hermana, Nannerl, pero eso no alcanzarás a verlo, le dice a sus espaldas aquel demonio.*

Aquello vuelve a cambiar y ahora descubre lo que sus ojos tampoco llegarán a contemplar directamente: Leopoldo anciano, agrio, furioso, gritando frente a una pared blanca que esa mala mujer, esa puta, le ha robado a su hijo y con él, sus trabajos y esperanzas de tantos años. Leopoldo, más bilioso y flaco que nunca, que maldice y se muere sin poder desahogar completamente toda la frustración que lleva por dentro. Distingue, por fin, una estancia sucia y desaliñada. Allí, en el lecho que huele a sudores hay un hombrecito que canta, junto a otros tres que lo rodean, una música sombría y bellísima, algo semejante a los coros que escuchó en la capilla vaticana, pero más triste, que se corta de golpe. El hombrecito, con sus cabellos ralos, sus náuseas y sofocos, empieza a llorar entre temblores: no va a terminar ese *Requiem* que le ha encargado el enviado misterioso de la muerte, su propio *Requiem*, y grita y se ríe entre convulsiones histéricas. Apenas dicta dos frases más, porque ya no puede tener la pluma, hasta que una mano —se ve esta pero no su dueño— le acerca un frasquito mínimo de boticario y él bebe. ¡Cuidado, que es veneno! *Il Maestrino* ha gritado, y peor, le ha dado un manotazo a la vasija. Tiene el peluquín torcido y los ojos a punto de caérsele. ¿A quién han matado? El clérigo brujo torna a

mirarle: *A ti, pero es solo una visión y falta mucho para eso.* ¿A mí?, pero, ¿yo soy ese? Una carcajada no lo deja seguir. Eso es un invento y se le escapan chilliditos entre las lagrimeantes convulsiones. *Es cierto, yo te he inventado, a ti, a ese Requiem y aun a este jardín con ópera y todo. Ahora vete, me falta mucho por hacer.*

Wolfgang está otra vez en el pasillo, ante la puerta cerrada. Afuera el trío ha concluido y con él la ópera. *Auf! auf! stimmt sein Lob an!* La gente está aplaudiendo y el doctor Mesmer ha mandado a buscarle para que salude. Leopoldo, más inquieto que nunca, abre desmesuradamente los ojos y se aferra al clave, al borde de la crisis. Ya está uno de los lacayos de la luz en la puerta y baja el candelabro hasta la altura de su rostro. Va a salir y entonces tropieza con la muñequita ciega que viene desde el jardín, al borde de la alferecía, perseguida por su aya. Es difícil esquivar esa tromba y contener las ganas. Apenas faltan cinco pasos para la pérgola cuando algo le estalla dentro.

El Maestro se ha hecho aguas en la alfombra. La mancha oscura crece en sus calzones y se extiende sobre los cuerpos de los pastores en el suelo. Ni el magnetista podrá sacarle de esas delirantes carcajadas. A su alrededor todo se va disolviendo. *Auf! auf! stimmt sein Lob an!*

ÍNDICE

- DON TRISTÁN DE JESÚS MEDINA... / 9
Bastien und Bastienne / 14
- CATALINA HA VUELTO ESTA NOCHE... / 23
Apollo et Hyacinthus / 29
- EL VIOLÍN DEL CIEGO ENTRA... / 35
Il rè pastore / 41
- FUE EN AQUELLA PENSIÓN HABANERA... / 49
Les petits riens / 55
- HAY DÍAS EN QUE EL ENFERMO... / 59
Le nozze di Figaro o sia La folle giornata / 75
- EN AQUEL TIEMPO... / 80
Il dissoluto punito ossia il Don Giovanni / 97
- DECEPCIÓN... / 105
La clemenza di Tito / 111
- A TRAVÉS DE LA REJA DEL LOCUTORIO... / 115
Die Zauberflöte / 124
- ¿DÓNDE ESTÁ?... / 128
Requiem (I) / 138
- DE ESTE LADO ESTABA ÉL, Y AFUERA... / 144

<i>Requiem</i> (II) / 158	
APENAS EL TREN HUBO DEJADO ATRÁS... / 162	
<i>Requiem</i> (III) / 169	
PRONTO HABÍA APRENDIDO... / 175	
<i>Requiem</i> (IV) / 181	
EN LA MADRUGADA DEL 2 DE ENERO... / 186	
Con el penúltimo acorde... / 189	
Advertencia final / 195	